

## ¿Puede reputarse justa una doctrina porque tenga de su parte a la juventud?

P O R J U L I E N B E N D A

HACE algunas semanas, diserté en "La Unión por la Verdad", sobre "La contienda de las generaciones". Decía yo, que la antigua generación, la de quienes tenían 30 años hacia 1900, fue particularmente feliz, mientras que la generación de la post-guerra, nombrando así el conjunto de hombres que tienen en la actualidad de 25 a 40 años, tiene que hacer frente a circunstancias eminentemente difíciles. De ahí que los primeros pudieran tener el culto del pensamiento desinteresado, mientras que los otros ponen el pensamiento al servicio de la acción. El maestro de los primeros sería Renan, el de los segundos Nietzsche.

La reacción de los jóvenes que en esa ocasión me escucharon, fue extremadamente violenta. Me dijeron que si no eran ya discípulos de Renan, tenían razón de sobra. (Yo no había dicho lo contrario). Que el pensamiento desinteresado, en el que algunos de mi época habían creído, no existía (cosa de la que, por cierto, no se trataba); que además de eso, la oposición entre una generación feliz y una generación oprimida, era una fantasía mía, como también la diferencia de sus ideales.

Llegaron algunos a afirmar que su generación era perfectamente feliz, lo que no es posible admitir cuando se escuchan sus recriminaciones cotidianas, que, por otra parte, son, a menudo, perfectamente justas.

Este último gesto pone a la vista un rasgo notable de nuestro tiempo; la facilidad de algunas gentes para negar su propia tesis en cuanto les estorba. No revelo a mi lector que, después de la guerra, la generación joven no cesa de mostrar el puño a la que fue educada por Renan y France, por cuanto predicaba el diletantismo intelectual, el desprecio a la acción, etc. Y de pronto se nos dice que este proceso no tuvo nunca realidad, que los jóvenes de hoy son, en todo, parecidos a sus mayores.

Demostrad a un comunista o a un derechista extremado, que tal o cual artículo de su "credo" es absurdo; protestará que nunca ha sostenido tal cosa; que se deforma vergonzosamente su idea, no obstante que "eso" viene diciéndolo textualmente hace treinta años. En otros tiempos, mi maestro de esgrima me decía: "Moveos todo el tiempo, que el adversario no sepa nunca dónde es encontráis". Este procedimiento, excelente en la polémica, hace toda discusión absolutamente imposible. Hablemos pues de ellos, pero no con ellos.

La indignación de mis jóvenes oyentes me fue explicada a la salida por uno del grupo: "Al decirles que no respetan más que la acción y

explicarles por qué, —me decía—habéis llegado hasta el fondo de ellos. Y eso nos les gusta... Después venís a decirles que, si adoptan tal o cual ideal es porque las circunstancias los obligan. Ellos pretenden adoptarlo libremente". Este joven psicólogo, me pareció raro entre sus congéneres. Creo, por otra parte, que no se hallaba bien avenido con el grupo.

Hablemos de otro punto. Quisiera decir una palabra del tono particularmente perentorio que toda una juventud actual afecta, en toda materia. Me parece que ello se debe, en gran parte, al lugar de excepción que a tal juventud se otorga en nuestros días en buena parte del mundo. Esto me lleva a considerar la actitud de los diversos regímenes con respecto a esta fracción de humanidad.

Los regímenes dictatoriales, y, de manera más general, todas las organizaciones fascistas, halagan considerablemente a la juventud. Una de sus preocupaciones principales radica en conquistar su adhesión, en monopolizar su acción. Es significativo, entre nosotros, que apenas un joven aparece en el mundo literario, los jefes de cierto partido de extrema derecha traten inmediatamente de acapararlo y de demostrarle que sus desacuerdos con tal partido no son más que un error de adolescencia, que en el fondo es del partido... Y estos regímenes hacen más. Afectan una gran estimación por el juicio de los jóvenes. Comúnmente proclaman: "Nuestra doctrina está en la verdad, puesto que tiene de su parte a la juventud". Evidentemente la juventud encuentra dentro de tales partidos grandes satisfacciones de amor propio.

Los regímenes democráticos, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, no muestran ninguna consideración particular por las ideas de los jóvenes. Muestran, por el contrario, cierta tendencia a conceder atención especial a las opiniones de algunos viejos, a la opinión de los "senados". Y así, se comprende que toda una juventud estime muy poco esos regímenes. Notemos que no se trata aquí de escatimar elogios por lo que los dictadores han hecho en favor de la juventud, cosa que las democracias harían muy bien en imitar (preservación contra el alcoholismo, contra los contagios, diversiones gratuitas, etc.)

En verdad, el dogma que declara justa una tesis porque tiene de su parte a la juventud me parece absurdo.

Espero que se me comprenda. No pretendo que la juventud sea incapaz de juzgar equitativamente. Pero niego que una cosa sea justa por el sólo hecho de que posea el "sufragio" de la juventud. ¿Necesitaré añadir que la "gerontocracia" sistemática me parece absurda también?

Si me dicen: "Nosotros somos los que sufrimos las consecuencias de la actual política. Por tanto, nos corresponde dirigirla". Es como si yo dijese a un cirujano: "Soy yo el que sufrirá la operación. Luego debo decidir si estará o no bien hecha".

Muchos jóvenes dirán: "Usted es viejo y habla naturalmente en contra nuestra". Me atrevo

a asegurar que la edad no influye para nada en mi opinión. Los que quieran leer mi "Jeunesse d'un Clerc" verán ahí que, cuando yo tenía veinte años, no era partidario de que se otorgase consideración sistemática a los veredictos de la juventud. Por tanto, la cuestión es saber si lo que digo es justo o no, sin atender a mi acta de nacimiento. Todos los partidos de violencia—he asegurado—quieren tener de su parte a la juventud. Cosa curiosa, uno de tales partidos, entre nosotros, dice provenir de la antigua monarquía. Como si Richelieu o Luis XIV se hubiesen ocupado de la opinión de la juventud: La verdad es que no pretendían adueñarse de la calle, ni reclutar para su causa a quienes poseían buenos puños o pulmones fuertes.

El culto de la juventud en materia política es, a menudo, una forma del llamado a la fuerza. Tanto mayor honra para las escuelas que lo desdennan o ignoran.

## Recuerdo y Revisión de Rodó

Por ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA

AL contemplar el alejamiento, cada día mayor, de la prédica de José Enrique Rodó, asoman al recuerdo las melancólicas palabras con que Stefan Zweig inicia su *Erasmus*: "...en su tiempo el más conocido de la tierra, es hoy, no lo neguemos, tan sólo un nombre". Salvando diferencias de época y de amplitud de escenario, con Rodó acontece parecido olvido. Cuando su voz comenzó a difundirse—primeros años de este siglo—en su torno se congregaron las juventudes de América Latina. Tuvo la gloria indisputable de haber sido el primer maestro cuyo eco resonó continentalmente; el primero en franquear fronteras nacionales y agrupar tras de sí corte y auditorio americanos. Ningún escritor de nuestra tierra alcanzó, en vida, tan amplia y reiterada consagración. El fragor de las discordias civiles impidió escuchar las voces maestras del siglo diecinueve. Su estruendo acalló las voces de Montalvo, de Vgil, de González Prada, de Sarmiento. Un heroico afán libertador obligó a Martí a perenne militancia. Solo y pobre moría Juan Bautista Alberdi en Francia, cuando la Argentina se enriquecía cumpliendo los consejos de sus *Bases*.

Cuando José Enrique Rodó comenzó su tarea intelectual, el panorama aquietado de América se prestaba a mayores resonancias. Pasadas las seis primeras décadas del caudillaje militar, principó a

estabilizarse una organización—quizá todavía insegura, pero más firme que las anteriores—en la cual jugó rol fundamental la bonanza económica. Emancipados de España los pueblos indo-americanos, por obra de una clase latifundista criolla, a quien pesaban hasta la asfixia los yugos económicos de la metrópoli—el *Memorial de los Hacendados* que redactara Moreno es muy elocuente—no pudieron encajar las formas republicano-democráticas aprendidas de la revolución francesa con la realidad feudal y primitiva de América. De allí la célebre alternativa entre la dictadura y la anarquía. Mas, al promediar el siglo pasado, nuestra América entra al círculo de la economía internacional. En Europa la revolución industrial ha producido un formidable acrecentamiento del poder económico. El capitalismo maduro, principia a expandirse más allá de los países que iniciaron la nueva etapa. El maquinismo, rápido conquistador del suelo europeo, necesita de mercados, cada vez mayores para la colocación de sus productos. Las expediciones de exploración—simple vanguardia de las de conquista—se adentran en África, Asia, América, en todos los rincones desconocidos de la tierra. Amasados con sangre y oro se edifican los imperios coloniales. Tierras que hasta el siglo dieciocho significaron adverso saldo en los presupuestos de las monarquías, cobraron repentina importancia. (Aun a comienzos del siglo diecinueve Francia vendía la Luisiana como quien realiza ventajoso negocio). La flota inglesa lleva su pabellón a todos los puertos del mundo, trocando las realizaciones de la máquina por los productos prístinos de la naturaleza. En China y Japón los puertos se abren a cañonazos; en nuestra América mediante acuerdos y pactos comerciales para todos, evidentemente favorables y progresistas. A la sombra del libre cambio prosperan las clases ricas de Indoamérica. Y nuestros países ingresan, así, al mecanismo financiero mundial con la cotización de sus productos, la apertura de sus mercados y la demanda de empréstitos para sus gobiernos.

Pero estas naciones indoamericanas, movedizas y anárquicas, no inspiran mucha confianza al celoso poseedor de los dineros acumulados. Los capitalistas europeos exigen condiciones. De tal manera, el creciente desenvolvimiento de nuestro comercio con Europa impuso estabilidad en las instituciones, mayor firmeza en el Estado y más liberal Constitución. Allí encontramos el punto de partida de las nuevas etapas, cuya designación en Argentina—"la reorganización nacional"—puede ampliarse a toda América. La geografía, materializada en distancias, determina el grado de avance en la formación institucional de cada zona. Europa influye directamente sobre el Brasil y el Río de la Plata. En el primero se establecen las reformas liberales de don Pedro II coronadas después con la instauración de la República y la emancipación de los esclavos. San Paulo y Santa Catalina devienen ricos Estados industriales a cuya zaga marcha el resto del Brasil feudal. El Río de la Plata—amplio regazo—favorece la llegada de hombres y capitales. Como inmigrantes llegan ita-